



Acababan de terminar una soberbia máquina. . . .



III

Las máquinas.

“Castillo de las Aulnettes, por Etiolles.

“No estoy contenta de ti, hijo mío. El Sr. Roudic acaba de escribir á su hermano una larga carta hablando de ti, y aun ha-

ciendo el mayor elogio de tu dulzura y de tu buena educación, declara que, desde que estás en Indret, no has hecho el menor progreso, y que decididamente no le parece apto para el oficio de herrero. Ya te figurarás la pena que esto nos ha causado. Si tú no sales adelante con todas las buenas disposiciones que esos señores habían notado en ti, es porque no trabajas, y esta mala voluntad nos sorprende y nos aflige.

UNIVERSIDAD DE QUEVEDO LA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925. MONTAÑANA, BARRA

“Nuestros amigos están muy disgustados por lo que ocurre, y yo tengo el sentimiento de oír hablar todos los días de mi hijo, en los términos más desagradables. Roudic dice también en su carta, que el aire de los talleres no te sienta bien, que toses mucho, que estás pálido y delgado hasta inspirar compasión, y que da vergüenza encomendarte cualquier trabajo, porque al menor esfuerzo te corre el sudor por la frente. En verdad, no me explico esta debilidad en un ser que todo el mundo encontraba tan robusto. Ciertamente que no iré hasta á decir, como todos los demás, que en esto hay mucho de pereza, y sobre todo ese desco de lamentarse, común á todos los niños. Yo conozco á mi Jack, y sé que es incapaz de una superchería. Pero imagino que comete imprudencias, que sales por la noche desabrigado, que olvidas cerrar la ventana ó ponerte al cuello el pañuelo que te he enviado. Haces mal, hijo mío. Ante todo hay que cuidar tu salud. Piensa que tienes necesidad de todas tus fuerzas para cumplir tu obra. Cuidate, y trabajarás bien.

“Convengo en que el trabajo que haces no debe ser siempre cómodo, y que sería más agradable correr por el bosque con el guarda; pero recuerda que el señor D’Argenton te decía: “La vida no es una novela.” Y él sabe lo que se dice, porque la vida es dura, bien dura para él y su oficio es mucho más penoso que el tuyo.

“Ya sabes cuántas envidias, cuántas sordas conspiraciones trabajan contra este gran poeta. Tienen miedo á su genio; le quieren impedir que produzca. Adivina lo que han hecho, hace algún tiempo, en el Teatro Francés. Han recibido una pieza que es completamente su “Hija de Fausto,” de que tantas veces nos has oído ha-

blar. Naturalmente, no es su obra la que han plagiado, porque aún no está escrita; pero sí su idea, sí su título. ¿De quién sospechar? Está rodeado de amigos fieles, interesados en su porvenir. Hemos pensado por un momento en la tía Archambault, que anda siempre escuchando y mirando por las cerraduras. Pero ¿cómo se habrá arreglado para retener el plan de la pieza y contarlo á los interesados, ella, que apenas sabe una palabra de francés?

“Sea de ello lo que quiera, nuestro amigo está muy afectado por esta nueva decepción. En el primer momento ha tenido hasta tres crisis por día. Debo decir que el señor Hirsch se ha portado en estas circunstancias de un modo admirable; y buena suerte ha sido tenerlo á nuestro lado, porque el señor Rivals continúa portándose mal. ¿Comprendes que no haya venido una sola vez á pedir noticias de nuestro pobre enfermo? A este propósito, querido hijo, es preciso que te diga una cosa: hemos sabido que sostienes una continua correspondencia con el doctor y con Cecilia, y debo prevenirte que el señor D’Argenton no mira esto con buenos ojos. El señor Rivals acaso es un buen hombre, pero es un espíritu rutinario, retrógrado, que no ha vacilado en tratar de apartarte, aun delante de nosotros, de lo que es manifiestamente tu vocación. Y, además, ya ves, hijo mío, en general, es menester no tener relaciones más que con las gentes de la propia clase, de su oficio, y permanecer, en lo posible, en su esfera. Sin esto se arriesga, es desanimarse, es dejarse arrastrar por toda suerte de quiméricas aspiraciones, que sacan de quicio la existencia.

“Cuanto á tu amistad por la pequeña Cecilia, el señor D’Argenton piensa, y yo soy de su opinión, que estas co-

sas son niñerías que deben pasar, pues de lo contrario, llenan la vida y la distraen del recto y verdadero camino. Harás, pues, muy bien en interrumpir relaciones que solo han podido perjudicarte, y que acaso no son extrañas al singular disgusto que muestras por una carrera emprendida á gusto y con todo ardor. Yo espero que comprenderás, querido hijo, que te hablo así por tu interés. Piensa que vas á cumplir quince años, que has emprendido un buen oficio que abre ante ti un porvenir, y no des la razón á los que han anunciado que jamás harías nada bueno.

“Tu madre, que te ama,

“CARLOTA.

“Post-scriptum.”—A las diez de la noche.—Querido mío, esos señores acaban de salir. Aprovecho la ocasión para añadir alguna línea á mi carta, diciéndote lo que te diría si estuvieras á mi lado. No te desanimas, Jack mío; sobre todo no te apoques. Ya sabes cómo es él. Muy bueno, pero inexorable. Ha resuelto que seas obrero, y es preciso que llegues á serlo. Todo lo que digas, de nada ha de servir, porque tiene su idea fija. ¿Es justa? No lo sé. Todo lo que aquí digo acaba por trastornarme la cabeza. Lo que hay de seguro, es que no hay necesidad de que te pongas malo. Yo te lo suplico, Jack mío, cuídate. Tápate bien por la noche, cuando salgas. Debe haber humedad en esa isla. Presérvate de la niebla. Y escríbeme á casa de los Archambault si tienes necesidad de alguna cosa. . . . ; Te queda todavía chocolate para tomar por la mañana? . . . Para esto, para las pequeñas provisiones, siso todos los días una pequeña suma de dinero de mi “toilette.” Figúrate que me has hecho eco-

nómica; sobre todo, trabajo. Piensa que llegará un día, que acaso no está lejos, en que tu madre necesitará tu apoyo.

“¡Si tú supieras qué triste estoy algunos días al pensar en el porvenir!! Sin contar que la existencia no es muy alegre aquí, sobre todo después de este último asunto. No soy dichosa todos los días. Sólo que, ya me conoces, las penas se me pasan pronto. Llora y río en el mismo momento, sin poder explicármelo. Por lo demás, haría muy mal en quejarme. El es nervioso, como todos los artistas; pero no es posible figurarse cuánta generosidad y cuánta grandeza hay en el fondo de su alma. Adiós, querido mío. Acabo mi carta, que la tía Archambault va á poner en el correo al irse. Temo que no conservemos mucho tiempo á esta buena mujer. El señor D’Argenton desconfía de ella. La cree pagada por sus enemigos para robarle los asuntos de sus libros y sus dramas. Parece que esto es cosa corriente. Te quiero y te envío muchos besos, mi querido Jack. . . . Todos estos puntos suspensivos son besos para ti.”

Detrás de las páginas de esta carta Jack vió claramente dos rostros, el de D’Argenton, doctoral y dictando, y el de su madre, de su madre entregada á sí misma, y que desde lejos lo abrazaba y lo rodeaba de sus zalamerías. ¡Cómo se la notaba oprimida á la pobre mujer! ¡Qué ahogo el de su naturaleza expansiva! Como la imaginación de los niños traduce sus pensamientos en imágenes con facilidad, parecíale á Jack, mientras leía, que su Ida—para él siempre se llamaba Ida,—encerrada en la torrecilla de “Parva domus,” lo llamaba en su ayuda como á su salvador.

¡Oh, sí! El iba á trabajar, á vencer sus repugnancias,

á convertirse en un obrero, trabajando de firme y ganándose bien su vida, para sacar á su madre de allí, para arrancarla á aquella firanía. Y en seguida encerró todos sus libros, poetas, historiadores, filósofos, en el cajón del señor Rivals, que clavó por temor á las tentaciones. No quería leer más, abrir su espíritu á tantos caminos que le distraían. Quería guardar todas sus fuerzas, todos sus pensamientos para el objeto que le mostraba su madre.

—Tienes razón, pequeño, le dijo Roudic. Los libros os llenan de viento la cabeza y os distraen del trabajo. No hay necesidad de saber tanto en nuestro oficio; y puesto que tienes la buena voluntad de aprender, mira lo que te propongo: Yo trabajo horas suplementarias por la noche, y aun los domingos. Si quieres, ven conmigo, y mientras trabajamos yo te enseñaré á manejar el hierro. Acaso seré yo más paciente y más feliz que Lebescam.

A partir de aquel día, se hizo así. Después de comer, el ajustador, encargado de un trabajo especial, se llevaba con él el niño á la fábrica desierta, apagada, recogida como si preparase fuerzas nuevas para el trabajo del día siguiente. Una pequeña lámpara colocada sobre un banco, alumbraba solo la obra de Roudic. Todo el resto del taller estaba sumergido en la sombra fantástica con que la luna dibujaba los objetos por masas, sin precisarlos. Todo eran saltos y brincos, en las paredes donde estaban colgadas las herramientas. Los tornos se alineaban en largas filas. Las cuerdas, las manivelas, las bobinas se entrecruzaban contenidas, inmóviles, mientras que trozos de metal, limaduras relucían en el suelo y crujían á cada paso, caídos de los bancos como prueba del trabajo hecho.

Roudic, inclinado, abstraído, manejaba sus instrumentos minuciosos, con los ojos fijos todo el tiempo en la aguja cronométrica. Ningún otro ruido que el rechinar del torno movido por los pedales y el susurro del agua que caía gota á gota sobre la rueda, girando á toda velocidad. En pie, al lado del contraмаestre, Jack ocupábase en desbaratar cualquiera pieza, poniendo en ello todas sus fuerzas, haciendo por tomar gusto al oficio. Pero decididamente faltábale la vocación.

—Esto es cosa resuelta, pequeño, le decía Roudic. No tienes el sentimiento de la lima.

Sin embargo, el pequeño hacía todo lo posible y no se daba un instante de reposo. Algunos domingos lo llevaba el contraмаestre á visitar la fábrica detalladamente, y le explicaba el funcionamiento de todas aquellas poderosas máquinas, cuyos nombres eran tan bárbaros, tan complicados como su aspecto.

“Máquina de pulimentar agujeros de botón para manivelas.”

“Máquina de abrir muescas en cabezas de tornillos.”

Le detallaba pieza por pieza con entusiasmo, todo aquel engranaje de ruedas, de sierras, de tuercas gigantes; le hacía admirar el maravilloso ajuste de aquellas mil partes, formando un todo tan completo. De estas explicaciones, Jack no retenía más que algún nombre cruel, quirúrgico, que le hacía pensar en alguna trepanación formidable, en la que la interminable barrena hubiera penetrado en su cerebro. Todavía no había podido vencer el terror que le causaban todas aquellas fuerzas inconscientes, brutales, implacables, á las cuales se había entregado. Movidas por el vapor, le hacían el efecto de bestias feroces, que le acechaban al paso

para agarrarlo, desgarrarlo, hacerlo pedazos. Inmóviles, frías, parecíanle aún más amenazadoras con las mandíbulas abiertas, los garfios tendidos, ó todos sus aparatos de destrucción ocultos con una apariencia de crueldad satisfecha. Una vez, sin embargo, fué testigo de una ceremonia conmovedora que le hizo comprender mejor que todas las explicaciones de Roudi, que había cierta hermosura, cierta grandeza en aquellas cosas.

Se iba á terminar, para un cañonero del Estado, una soberbia máquina de vapor de mil caballos de fuerza. Esta máquina se encontraba hacia ya mucho tiempo en la galería de montaje, cuyo fondo ocupaba por completo, rodeada de una nube de obreros, en pie, completa, pero no acabada. Con frecuencia Jack, al pasar, la miraba de lejos; sólo á través de los cristales, porque nadie, á excepción de los ajustadores, tenía derecho á entrar. Tan pronto como estuviese terminada, la máquina debía partir para Saint-Nazaire, y lo que constituía la belleza, la rareza de aquella partida es que, á pesar de su enorme peso y de su complicación, los ingenieros de Indret habían decidido embarcarla montada por completo y en una sola pieza, permitiéndole este atrevimiento los formidables aparatos de transbordo de que dispone la fábrica. Todos los días se decía: "Será mañana," pero siempre había en el último momento un detalle que vigilar, algo que reparar, que perfeccionar. Al fin estaba dispuesta, y se dió la orden de embarcar.

Fué aquel un día de fiesta para Indret. A la hora fija estaban cerrados todos los talleres, las casas y las calles desiertas. Hombres, mujeres, niños, todos los vivientes de la isla habían querido ver la máquina salir de la galería de montaje, bajar el Loira y pasar al transpor-

te que debía llevarse. Mucho antes de que abriesen el gran portalón, la multitud se había amontonado en los alrededores en un tumulto de espera, con ruido de fiesta. Al fin se abrieron las puertas del taller, y en la sombra del fondo se vió avanzar la enorme masa lenta, pesadamente, conducida sobre una plataforma con ruedas, que dentro de un momento iba á servir de punto de apoyo para levantarla, y que arrastraban sobre los rails palancas movidas por el vapor.

Cuando salió á la luz, brillante, grandiosa y sólida, fué acogida por una inmensa aclamación.

Detúvose un momento como para tomar aliento y dejarse admirar á la luz del sol, que la hacía resplandecer. Entre los dos mil obreros de la fábrica, acaso no se encontraba uno que no hubiera cooperado á aquel hermoso trabajo en la medida de su talento ó de sus fuerzas. Pero habían trabajado aisladamente, cada uno de su lado, como el soldado combate durante la batalla, perdido en la multitud y el ruido tirando delante de sí, sin juzgar del efecto ó de la utilidad de sus disparos, envuelto en el humo que le impide ver nada fuera del rincón donde se encuentra.

Ahora veían á su máquina, erguida y completa, ajustada pieza á pieza. ¡Y qué orgullosos estaban! En un momento fué rodeada y saludada con vivas y gritos de triunfo. Admirábanla como entendidos, la acariciaban con sus rugosas manos, la hablaban en su rudo lenguaje: "¿Cómo va, querida?" Los fundidores mostraban con orgullo las enormes hélices de bronce macizo, diciendo: "Nosotros las hemos fundido." Los forjadores respondían: "Nosotros hemos trabajado el hierro, y ahí dentro va nuestro sudor." Y los caldereros, los remacha-

dores, celebraban, no sin razón, el enorme depósito pintado de rojo, dado de minio como un elefante de combate. Si estos alababan el metal, los ingenieros, los dibujantes, los ajustadores, se enorgullecían de la forma. Hasta nuestro amigo Jack decía mirando sus manos: "¡Ah, pícara, buenas ampollas me has costado!"

Para apartar á aquella multitud fanática, entusiasta como un pueblo de la India en las fiestas de Djaggenanth, y que el brutal ídolo habría podido aplastar á su paso, hubo necesidad casi de emplear la fuerza. Los vigilantes corrían por todas partes, dando empellones para dejar libre el camino; y bien pronto no quedaron alrededor de la máquina más que trecientos compañeros, escogidos en todos los talleres entre los más robustos, y que, armados de barras ó uncidos á gruesas cadenas, no esperaban más que una señal para poner el monstruo en movimiento.

—¿Estáis todos, muchachos? ¡Oh! ¡Iza!

Dejóse oír un agudo silbido, y la máquina comenzó á moverse en los rails, brillando en su masa el cobre, el bronce, el acero y sonando con ruidos metálicos sus tornillos, volantes y pistones. De la misma manera que á un monumento terminado que abandonan los obreros, se la había adornado en lo alto con un enorme "bouquet" de follaje, que coronaba todo aquel trabajo del hombre, como una gracia, una sonrisa de la naturaleza; y mientras que abajo la enorme masa de metal avanzaba penosamente, arriba el penacho de verdura se inclinaba y se erguía á cada paso, y murmuraba dulcemente en el aire puro. A los dos lados formábala cortejo la multitud, marchando todos mezclados, director, inspectores, aprendices, compañeros, con los ojos fijos en la

máquina; y el silbato infatigable los guiaba hacia el río donde humeaba una chalupa de vapor, pegada al muelle, presta á partir.

Heja ya colocada bajo la grúa, la enorme grúa de vapor de la fábrica de Indret, la palanca más poderosa del mundo. Dos hombres han subido sobre el tren que se va á elevar con ella, con la ayuda de cables de hierro, unidos todos por encima del "bouquet" por un anillo monstruoso, forjado de una sola pieza. Silba el vapor, el silbato redobla sus notas agudas, apresuradas, alegres, animadoras. El gancho de la grúa desciende como un gran cuello de pájaro, coge á la máquina con su pico curvado y la levanta lentamente, suavemente, por tiempos. En este momento la máquina domina la multitud, la fábrica, todo el Indret. Ahora todo el mundo puede verla y admirarla á su placer. En el oro del sol, donde se destaca, parecía decir adiós á los numerosos talleres que le han dado la vida, el movimiento, hasta la palabra, y á los cuales no verá más. Por su parte, los compañeros experimentan al contemplarla, la satisfacción de la obra terminada, esa emoción singular y divina que recompensa en un minuto los esfuerzos de todo un año y pone por encima de la pena sufrida el orgullo de la dificultad vencida.

—¡Eso es toda una pieza!... murmuró el viejo Rou-dic grave, los brazos desnudos, todavía temblando del esfuerzo hecho, y secándose los ojos humedecidos por lágrimas de admiración.

El silbato no ha parado su música excitante. Pero la grúa comienza á girar, á inclinarse del lado del río para depositar la máquina en la chalupa impaciente.

De pronto dejóse oír un crujido sordo, seguido de un

grito desgarrador, espantoso, que encuentra eco en todos los pechos. En la emoción que flota en los aires, reconócese á la muerte, la muerte imprevista, súbita que se abre paso con mano violenta y fuerte. Durante un minuto reinó un tumulto, un terror indescriptibles. ¿Qué ha sucedido? Uno de los obreros subidos en la plataforma acaba de ser cogido entre una de las cadenas de soporte, súbitamente estiradas, y el duro metal de la máquina. "¡Pronto, pronto, muchachos, contravapor!" Pero son inútiles todas los esfuerzos hechos para arrancar al desgraciado á la horrible bestia; todo ha terminado. Alzanse todas las frentes, tiéndense todos los brazos en una maldición suprema; y las mujeres, gritando, se tapan los ojos con sus pañuelos para no ver los restos informes que cargan en unas parihuelas. El hombre ha sido deshecho, cortado en dos pedazos. La sangre, lanzada con violencia, ha salpicado los cobres, los acerós, hasta el verde penacho. No más silbato, no más gritos. La máquina acaba su evolución en medio de un silencio siniestro, mientras que un grupo se aleja hacia la población, portadores, mujeres, todo en tristísimo cortejo.

Ahora se ve el temor en todos los ojos. La obra se ha hecho peligrosa. Ha recibido el bautismo de sangre y vuelto su fuerza contra los que se la habían confiado. Por eso todos los pechos lanzan un suspiro de descanso cuando el monstruo cae sobre la chalupa, que baja ante su peso, enviando á las orillas dos ó tres grandes olas. Todo el río se estremece, y parece decir: "¡Cómo pesa!" ¡Oh, sí, pesa mucho! Y los compañeros se miran unos á otros.

Hele al fin cargada, con su árbol de hélice y sus calderas al lado. Secada de prisa la sangre que la mancha-

ba, ha recobrado su esplendor primero, pero no su impassibilidad inerte. Erguida y fiera sobre el puente del barco que se la lleva, y que parece arrastrar ella misma, dirígese presurosa hacia el mar, como si se le hiciera tarde para comer carbón, devorar el espacio y sacudir su penacho de humo en el sitio que ahora sacude su "bouquet" de follaje. Está tan hermosa así, que los obreros de Indret han olvidado su crimen, y saludando su partida con un inmenso y último "hurra," la siguen, la acompañan con ojos amorosos. . . . ¡Anda, máquina, haz tu camino á través de los mundos! Sigue tu línea trazada, derecha é inexorable. Marcha contra el viento, contra la mar y sus tempestades. Los hombres te han hecho bastante fuerte para que no tengas nada que temer. Pero ya que eres fuerte, no seas mala. Contén ese poder terrible que acabas de ensayar al partir. Dirige la nave sin cólera, y sobre todo, respeta la vida humana, si quieres hacer honor á la fábrica de Indret!

Aquella noche hubo, de un extremo á otro de la isla, un gran trajín de risas y de bromas. Aunque el accidente del día hubiera enfriado un poco los entusiasmos, todas las familias quisieron disfrutar de la fiesta preparada. Aquella no era la isla del trabajo anhelante y cansada, que por la noche se dormía tan pronto. Por todas partes, hasta en el sombrío castillo, se oían cantos, choques de vasos, detrás de los cristales iluminados, cuyos resplandores, reflejados á lo lejos, se mezclaban en el Loira á la claridad de las estrellas. En casa de los Roudic, una larga mesa reunía á los numerosos amigos, todo lo más escogido del taller. Se habló al principio del accidente. . . . Los huérfanos no estaban todavía en edad de trabajar; el director había prometido una pensión á

la viuda. . . . Después la máquina ocupó todos los pensamientos. Aquella larga preocupación de muchos meses, no era ahora más que un recuerdo. Se hacía memoria de los diferentes episodios, las dificultades del trabajo. Había que oír á Lebescam, el velludo gigante, contar la resistencia del metal y cuánto le había costado ablandarlo en la forja:

—Advierto que la soldadura no agarra. . . . ¡Atención! Digo á los compañeros. . . . vengan golpes derechos. ¡Ea, sobre mí, y de prisa!

Creía estar todavía allí. Sus puños cerrados caían sobre la mesa y la hacían temblar. Sus ojos llameaban como si la fragua reflejase en ellos. Jack escuchaba también con interés por la primera vez. Era el quinto entre los veteranos; y como estos recuerdos de grandes trabajos debían secar de un modo terrible los gaznates, se comprende que menudearan los tragos. Luego se pusieron á cantar; porque hay que acabar por esto cuando la reunión es bastante numerosa para atacar en coro: "Hacia las costas de Francia." Y Jack, mezclando su voz de aquel concierto repetía con los demás:

Bogad, bogad,
boguemos cantando.

Si los habitantes de las Aulnettes lo hubieran visto, habrían quedado contentos de él. Bronceado por el aire libre y el calor de la fragua, las ampollas de sus manos, cicatrizadas en duros callos, cantando aquel estribillo vulgar, pertenecía bien á aquel mundo. Era un verdadero obrero. Y Lebescam se lo hacía notar á Roudic:

—Sea enhorabuena. . . . Ya no tiene el aire que tenía tu aprendiz. . . . Comienza á ponerse al paso, ¡mil bombas!



El hombre está de rodillas. . . .